

**OLIVER, J.M.:**  
*Diccionario de argot*  
Madrid, Sena, 1987 (2)

Difícil de sistematizar, el argot (en su origen, idiolecto de maleantes, matones, marginales o delincuentes: el hampa) resulta ser uno de los registros más imaginativos de las lenguas, con sus términos jocosos y, en ocasiones, groseros (usamos este término con el imprescindible relativismo). El verdadero argot se conoce mal fuera de los círculos donde se inventa, y cumple en ellos un papel funcional muy importante para los miembros de la colectividad que lo usa: la transmisión de mensajes sólo comprensibles para los “colegas” (habitualmente, compañeros de fechorías) e ininteligibles para los extraños, máxime si se trata de posibles delatores o de miembros de la “pasma”. Por eso resulta ineficaz, además de peligroso, cuando se extiende más allá de la comunidad inicial y sus claves se hacen de dominio público. Hay entonces que renovarlo, como si se tratara de una herramienta gastada, recurriendo a nuevas metáforas que proporcionan la suficiente garantía de secreto.

El estructuralismo insistió en que el lingüista debe, primordialmente, dar cuenta de las manifestaciones de la lengua de un modo científico, sin menospreciar los niveles familiar o popular, antes estigmatizados por poco recomendables como objeto de estudio serio frente a la “lengua literaria”, digna de análisis y de imitación. El concepto de lengua literaria resulta muy impreciso: según la idea tradicional el habla del pueblo nunca sería “poética” y, en consecuencia, no merecerían la atención de los estudiosos ni *La Celestina* ni *La lozana andaluza*, por citar sólo dos ejemplos de nuestra literatura clásica.

Las cosas han cambiado y los trabajos sobre lengua estándar, familiar o “baja” se hacen abundantes. En España son aún escasos si comparamos con países como Francia, donde desde hace tiempo se han publicado gruesos diccionarios de argot: el más antiguo que conocemos es el de Alfred Delvau (**Dictionnaire de la langue verte**, 1867). Proliferaron a partir de la década de los sesenta de este siglo; citaremos los de G. Esnault (**Dictionnaire des argots**, Larousse 1965), M. Rheims (**Dictionnaire des mots sauvages**, Larousse 1969) y François Caradec (**Dictionnaire du français argotique et populaire**, Larousse 1977, con numerosas reediciones y puestas al día). Por la misma época se sitúan estudios sistemáticos sobre estos registros de lengua, particularmente los de Pierre Guiraud (*L'argot* o *Les gros mots*, ambos en P.U.F.). Más diccionarios se elaboraron en los ochenta, como los de J. Cellard y A. Rey (**Dictionnaire du français non conventionnel**, Hachette 1980) o P. Merle (**Dictionnaire du français branché**, Seuil 1986), sin faltar los especializados, como uno reciente que se centra exclusivamente en términos y expresiones relativos al trasero (J.P. Colin: **Le dico du cul**, Pierre Belfond, 1989).

Suponemos que fue Cela quien, en nuestro país, abrió la brecha en los

sesenta, aunque no puede decirse que su **Diccionario secreto** se limite al argot. Es un trabajo de filólogo que presenta las palabras agrupadas según sus raíces latinas o griegas (en él se puede aprender, por ejemplo, que el punto más occidental de Gran Canaria se llama “Punta del Descojonado”). Más tarde aparecieron diccionarios como los de Julen y Sordo, Umbral o J.L. Coll, que cubren campos restringidos. Quizá el más difundido sea el de León (Alianza).

Algunas de estas obras han sido publicadas por casas editoriales poco conocidas, tienen un aspecto más bien inatractivo y carecen del suficiente rigor. Aunque algo de ello pueda decirse de la de J.M. Oliver, ha alcanzado ya una segunda edición. Reúne alrededor de cuatro mil setecientas palabras, seleccionadas de fuentes orales y escritas. La gran dificultad de este tipo de trabajos es el carácter poco durable de algunos términos, tal como aclara el autor en una “nota previa” en la que explica sus intenciones: “Dada la fugacidad del paso por el idioma de muchas de estas voces, en general hemos intentado recoger las que han alcanzado una mayor incidencia en la lengua, bien por haber sobrevivido durante tiempo considerable en la misma, bien por haberse insertado alguna vez en obras literarias o publicaciones periódicas”. La limitación es doble: afecta al tiempo (lexemas que desaparecen a poco de generalizarse) y al espacio (la selección está condicionada por el medio geográfico en que se mueve el autor, y la mayoría de los diccionarios de argot se centran en el habla de Madrid).

La lengua popular más extendida actualmente en España tiene tres fuentes principales: el argot propiamente dicho o habla de los maleantes, el caló y el cheli. Resulta difícil distinguir el origen de cada uno de los términos, dada la mezcla de todos ellos en el uso. Oliver aclara al respecto que no ha sido su intención “elaborar un compendio de los vocablos que componen jergas muy específicas, sino acopiar aquellos que han acabado por integrarse en el español coloquial o que son utilizados indistintamente por varios de los subgrupos que disponen de argot propio”. La tauromaquia y el mundo de los deportes están también presentes en el habla popular, e igualmente el sexo, que tan bien se presta a comparaciones o metáforas llenas de ingenio y humor; no es raro que los términos y expresiones aludan a la fornicación, preferentemente ilícita (en el sentido arcaico de la palabra): ello es evidente incluso a través de una ojeada superficial. Son abundantes los que se refieren a los órganos sexuales masculinos o femeninos, a las “mujeres fáciles” o a los homosexuales. Otros campos léxicos que ocupan un lugar destacado son las drogas, las bebidas alcohólicas y sus efectos, las relaciones amistosas (“colegas”), la locura, la estupidez, los actos delictivos, la policía, la cárcel o el dinero.

Quizá la serie más larga sería la de vocablos o expresiones que se refieren al pene o los testículos y a sus posibles actividades, lo que no resulta ilógico en una sociedad que seguramente sigue siendo falocrática. Véase como muestra la relación siguiente, que sólo incluye términos que comienzan por las letras comprendidas entre la A y la D : aceitunas, afilar el pizarrín, agujijón, albaricoques,

alcaparras, alegrías, alemanita (¡hale, manita!), almendras, almidonar, amígdalas, (...) como los ángeles, aparejo, apearse en marcha, arma, estar bien armado, arreglar (a alguien) el cuerpo (o el body), artillería, ascua, astillar, atravesar, atributos, hacer (a alguien) un avío, babear, báculo, badajo, bajarse al pilón, balas, bartolillo, bastón, batuta, bemoles, beneficiarse, berenjena, biberón, bolamen, bolígrafo, bolindre, bolo, bolsa, bombar, boniato, borla, botica, botones, bragueta, (ponerse) bruto, bulto, (ponerse) burro, butifarra, ca, cabalgar, como el caballo de Espartero, (lavado de) cabeza, cacharra, cacharrería, cacho, cajones, calabacín, echar un calco, (meterla en) caliente, calique, calostro, calvo, campanero, canario, canicas, canuto, cañamón, capullo, carajo, Carlos Quinto, carrera, cascar, (echar un) casco (o un casquete), cataplínes, catrear, cebolla, cebolleta, cepa, cepillar, cetro, cilindrín, cimbel, cipote, ciruela(s), clarinete, clavo, coger, tirar un cohete, cojines, cojones (numerosísimas expresiones con este vocablo), cojonada, cojonamen, cojonera, cola, colgajo, colgante, colilla, columna, dar de comer al conejo, comida, tenerlos de corbata, corondel, corrida, cosa, criadilla, tenerlos cuadrados, cuca, cuestión, culebra, cumplir, (bajar al) charco, chiflo, chisme, chola, cholla, chopo, chorizo, chorra, churre, Dante, desaguar, descapullar, desenfundar(la), desvirgar, estar en las doce en punto, los dos, ponerse (tenerla) dura.

La mayoría de estas palabras no se encuentra en los diccionarios de uso con estas acepciones concretas, y mucho menos en el D.R.A.E., que sigue sufriendo de un marcado conservadurismo. Los diccionarios de argot vienen a suplir esas ausencias, aunque se trate de vocablos a veces efímeros o poco generalizados. Pero otros sí que permanecen y son conocidos por sectores amplios de hablantes. Seguramente sigue existiendo un cierto miedo al “taco” o al término “mal sonante” en medios académicos, aunque muchas de esas palabras formen parte no sólo del llamado “vocabulario disponible” sino también del que empleamos frecuentemente en nuestra vida cotidiana.

**Arturo Delgado**

### **RODRIGUEZ CRUZ, M<sup>a</sup> DEL PINO**

*Factores distorsionantes en la percepción y expectativa profesor-alumno.*

Universidad de La Laguna. La Laguna 1990

La autora, pedagoga con amplia experiencia docente en las aulas, anteriormente con niños de E.G.B. y en la actualidad como profesora de la Universidad de Las Palmas de G.C, se enfrenta, en este trabajo, con el difícil tema de la evaluación, por una parte de las competencias docentes de los profesores y por otra de los aspectos afectivos-comportamentales de los alumnos. Todo ello en un marco científico, donde intenta generar bases justificativas sobre las evaluaciones interpersonales en clase, es decir, que ayuden a controlar y neutralizar los factores distorsionantes en futuras evaluaciones, así como trazar líneas de traba-